

De Salvador de La Plaza

LA VERDADERA ENCRUCIJADA

8/9/63

(Exclusivo para CLARIN)

En las sociedades divididas en clases, dos principalmente se encuentran en irreductible antagonismo, la que acapara los medios de producción y, como consecuencia, el poder político y la clase que integran los que sólo poseen su fuerza de trabajo, quienes para no perecer tienen que venderla a como se la paguen. De esa división son expresión gráfica en las ciudades y pueblos las lujosas urbanizaciones y los aglomeramientos de humildes viviendas populares y en los campos las familias campesinas depauperadas, consumidas por la miseria.



Para defender el poder económico de donde derivan el político, para conservar ambos, la clase que acapara los medios de producción se vale, por todas las artes, del aparato del Estado, cuyo control ejerce en forma más o menos absoluta en relación a la resistencia y a la amplitud de las luchas que ante la clase de los desposeídos. Estas luchas, las de los obreros encabezados por sus organizaciones sindicales, las de los campesinos por mejores condiciones de vida, las de las fuerzas progresistas en las que también participan las

intermedias, contra la opresión contra las represiones policiales de que todos son víctimas, informan la esencia de la verdadera historia de cada uno de los países divididos en clases. Pero si en los desarrollados las clases están nitidamente diferenciadas, en los sub-desarrollados no ocurre lo mismo, pues a la complejidad que a la división en clases imprime la atrasada estructura económica, se suma el hecho de que por la mediatización económica y política en que los mantiene sumidos el imperialismo y por haberse convertido en agentes de esa penetración la clase dominante y sectores de las intermedias, las lu-

chas económicas y sociales se entrelazan estrechamente con las de la liberación nacional. Es por ello que si en Francia, por ejemplo, existen dos Francias —la de las 200 familias y la de los obreros—, en Venezuela, tomandola como ejemplo entre los países sub-desarrollados, existen dos Venezuela —la de los que la subyugan y mediatizan —criollos e imperialistas— y la de los que sufren esa mediatización y luchan por la liberación nacional del país, que son los que hemos encuadrado en el término de fuerzas progresistas que niega rotundamente el comúnmente empleado de “oposición al gobierno”. El Estado, a más de aparato de dominación de una clase sobre otras, en los países sub-desarrollados está al servicio del imperialismo para subyugarlos y tal característica condiciona, por consiguiente, tanto las tácticas a emplear por las fuerzas progresistas como los objetivos inmediatos a alcanzar.

En las luchas por liberar al país de toda dominación extranjera se plantea, por tanto, como objetivo inmediato a realizar, derribar el control que ejerce sobre el aparato del Estado el imperialismo y sus agentes criollos, porque es a través de

ese control que amplían, extienden y consolidan la penetración económica, que entorpecen y obstaculizan el desarrollo normal económico del país.

Y para realizar ese objetivo se impone la más compacta movilización de las fuerzas progresistas, coordinando todas las formas de lucha y de acción, incluídas las de la participación en los procesos electorales, precisamente para contrarrestar, hacer fracasar o en última instancia desenmascarar y evidenciar ante las masas las maquinaciones, fraudes y demás tretas —entre ellas el lanzamiento de distintos, por su ubicación, candidatos de “oposición” a la Presidencia—, con las que se proponen el imperialismo, y sus agentes criollos, por medio de las elecciones, retener el control del Estado. Hablar o escribir sobre elecciones “libres” en esta ocasión es un resabio idealista extraño a la realidad.

La participación en el proceso electoral tal cual es, así como el auspiciar la compactación de las fuerzas progresistas en torno al sector de ellas que por su organización y puntos básicos de su programa reúna y presente densos contingentes, no será actitud oportunista ni seguidista para los otros sectores de las fuerzas progresistas, si en su participación en el proceso electoral como en las acciones de compactación, esclarecen y llevan a conocimiento de las masas obreras y campesinas los objetivos que se persiguen, el contenido de los tales procesos electorales y muy especialmente el del Estado, ya que por una parte no se estará contribuyendo a alimentar falsas ilusiones sobre soluciones que sólo por otros medios es que se logran y, por la otra porque quedará claro en las masas que con esa participación en las elecciones no se le está haciendo el juego a la finalidad que con el proceso electoral, el lanzamiento de candidaturas de “oposición”, los fraudes y maquinaciones diversas persiguen el imperialismo y sus agentes criollos, o sea continuar ejerciendo el control del Estado.

En nuestras notas anteriores —“Objetivo en el Proceso Electoral” y “La Compactación de las Fuerzas Progresistas”, CLARIN 26-8 y 1-9— insistimos en llamar la atención, lo que ahora recalamos, sobre la característica especial del presente proceso electoral, o sea de confrontación de las fuerzas progresistas a la macolla latifundista-imperialista que ininterrumpidamente desde octubre de 1945 ha venido controlando el aparato del Estado, en consecuencia, sobre la necesidad imperiosa de compactar las fuerzas progresistas en la medida que se requiera para impedir que se pierdan en ese control, sin que ello quiera decir o llevar implícito, renuncia o menoscabo de otras acciones tanto propias y concretas a cada grupo como de las encaminadas a la finalidad pre-

cisa y consciente de liberar al país de la dominación extranjera. Hemos considerado que cualquier vacilación a este respecto, que cualquier sobreestimación o desesmitación de fuerzas, que cualquier acción u omisión que en una u otra forma retarde, entorpezca o debilita la compactación de las fuerzas progresistas, traería por resultado asegurarle el triunfo a la macolla latifundista-imperialista. Derrotar en el proceso electoral a la macolla latifundista-imperialista no tiene otro significado y, por cierto, de mucha importancia, que ser una escaramuza, porque la batalla en regla cuando comienza es inmediatamente después tanto para consolidar las posiciones arrebatadas, ampliarlas como para realizar los objetivos de la Revolución Agraria-antimperialista.

En los países desarrollados los procesos electorales finalizan con la computación de los votos y los resultados que arrojan. En los sub-desarrollados y ello debe tenerse presente, si los resultados del cómputo no favorecen a las macollas latifundista-imperialistas, éstas se alzan de inmediato o a breve tiempo contando, como cuentan, con el Ejército y cuerpos represivos órganos del Estado, por lo que dependerá de que las fuerzas progresistas no se duerman sobre sus laureles y actúen y respondan con prontitud, energía y firmeza, el que puedan mantenerse en las posiciones conquistadas.

Y entiéndase bien que al exponer estos puntos de vista, el objetivo que perseguimos es centrar la atención sobre la realidad en que se está actuando, pues más parece por las declaraciones y escritos dados a la publicidad, que aquí se estuvieran ventilando asuntos normales entre venezolanos sin que existiera la menor participación dirección y presión del imperialismo yanqui, que es el enemigo principal y poderoso contra el cual es que se deben concentrar todas las meditaciones y acciones.

Lo que está en juego, lo repetimos hoy, no es que una clase, sector o grupo nacional este pretendiendo perdurarse en el poder, como lo quieren hacer creer candidatos de la “oposición”. Lo que está en juego es la independencia nacional aunque todavía los “marines” no hayan violado con su presencia el territorio nacional. Lo que está en juego es la soberanía nacional porque la dependencia y mediatización en que los trust extranjeros y sus agentes criollos mantienen sumido al país es el camino más seguro y expeditivo para convertirlo en un “Estado Libre Asociado” de los Estados Unidos. Por eso que la compactación de las fuerzas progresistas debe enarbolar una sola y concreta consigna: derrotar a la macolla latifundista-imperialista, presentarle una valla infranqueable a sus designios y propósitos.